

VIDA Y ESCRITOS

DEL R. P. FEIJÓO.

Existe al N. O. de la península ibérica una comarca, cuyas costas se encuentran bañadas por las aguas del Allántico, que con razon puede vanagloriarse, por haber producido en todas las épocas de nuestra historia un número no pequeño de varones eminentes en las armas, en la política, en las ciencias y en las letras, los cuales han sido y serán siempre honra y prez de la nacion española.

Hanos sugerido estas breves indicaciones la historia de un hombre que constituye una de nuestras glorias nacionales; el R. P. M. Fr. Benito Jerónimo Feijóo, nombre que resonará siempre con júbilo y entusiasmo por toda España, y más particularmente por todos los ámbitos del antiguo reino de Galicia; de ese ilustre gallego, cuya vida y escritos nos proponemos dar á conocer con nuestra mal tajada pluma, como una provechosa enseñanza para las presentes y futuras generaciones.

En efecto, el dia 8 de Octubre de 1676, ó sea, ciento veintinueve años después del inmortal autor del *Quijote*, nació D. Benito Jerónimo Feijóo en Casdemiro, pequeña aldea asentada sobre el Miño y perteneciente à la feligresía de Sta. Maria de Melias, en el obispado de Orense, á dos leguas de esta Capital. Sus padres, D. Antonio Feijóo Montenegro y D.^a Maria de Puga, eran nobles por sus antepasados, y originarios tambien de la provincia de Orense, segun refiere el mismo Feijóo en la segunda parte de uno de sus discursos titulado, *Glorias de España*. Educáronle desde sus primeros años en el santo temor de Dios, infundiendo á la vez en su tierno corazon los principios de la más sana moral.

No era muy comun en aquella época dedicar al estudio á los primogénitos; pero el padre, persuadido de la inquebrantable vocacion de su hijo para la venerable y honrosa carrera del Sacerdocio, tanto por las buenas prendas morales y austeridad de costumbres que en él observaba, como por su intachable conducta y notoria reputacion, prescindió de esta costumbre y le inclinó á las letras; en las que hizo tales progresos, que llegó á ser con el tiempo el regenerador de la cultura intelectual de nuestra patria.

Hubo, no obstante, algunas personas que, oponiéndose á la decidida vocacion del hombre que nos ocupa, aconsejaron á su padre que le destinase más bien á continuar al frente de la casa, puesto que era el primogénito; mas aquél, que era todo un caballero del siglo XVII, que á su vasta erudicion y clara inteligencia reunía un gran fondo de religiosidad cristiana y la más acrisolada virtud, contestó que esa, entre otras muchas, era la principal razon que le movia á no descuidar un momento la enseñanza de su tierno vástago, para ofrecerlo á Dios, ántes que á nadie, como primicias de su familia. No podía esperarse otra cosa de un hombre tan amante de su religion, como entusiasta por el estudio, de quien su mismo hijo, en el discurso ántes citado, entre otras cosas, dice lo siguiente:

«La ternura del filial afecto no me permite dejar de hacer aquí alguna memoria de mi padre y señor, D. Antonio Feijóo Montenegro, á quien celebraré, no por lo que fué en materia de literatura, sinó por lo que pudiera ser, si por destino hubiese aplicado á ella los extraordinarios talentos con que le habia adornado la naturaleza, bien que tuvo lo que sobraba para su estado. Era dotado de una memoria facilísima en aprender y firme igualmente en retener. Oí decir á un condiscípulo suyo que, siendo niño, estudiaba trescientos versos de Virgilio en una hora. La claridad y prontitud del discurso no eran inferiores á la tenacidad de la memoria. No gastó más tiempo en estudiar la gramática que un año, y puedo asegurar que no ví gramático más perfecto. Sucedió alguna vez, por apuesta, dictar cuatro cartas á un tiempo. Ya sé que quedaba muy inferior á Julio Cesar, el cual dictaba siete. Era facilísimo en la poesia. Víle varias veces dictar dos y tres hojas de muy hermosos versos, sin que el amanuense suspendiese la pluma ni un instante. Gozaba una facilidad maravillosa en la conversacion, ora fuese grave, ora festiva. Ya por ella, ya por la abundantísima copia de noticias en todo género de asuntos, lograba siempre una superioridad como despótica en cualesquiera concurrencia; de suerte que aun los sugetos de superior carácter al suyo le escuchaban con aquel género de respeto con que mira el humilde al poderoso. Duélome que no me dejó la herencia, sinó la envidia de sus talentos; pero mucho más

la de sus cristianas virtudes, que en nada fueron desiguales à sus intelectuales dotes »

Ahora bien, si, como no puede ménos de suceder, admitimos que D. Antonio Feijóo Montenegro debe considerarse tambien como una de nuestras glorias nacionales que honrará eternamente à todos los gallegos y en particular à la provincia de Orense, no debe extrañar à nuestros lectores el habernos permitido transcribir las anteriores frases en elogio de un padre digno de tal hijo. Pero volvamos al asunto que nos proponemos.

A los catorce años de edad, y previo el conocimiento de las primeras letras, se apartò del mundo el P. Feijóo, para consagrarse completamente à Dios, recibiendo con la mayor abnegacion la cogulla de S. Benito en el monasterio de S. Julian de Samos de mano de su Abad, que lo era entonces Fr. Anselmo de la Peña, el cual más adelante llegó à ser general de la Congregacion de España, y arzobispo de Otranto, en el reino de Nápoles. No dejaremos de consignar, aunque de paso, que la órden en que profesó tan esclarecido orensano, la primera que apareció en Italia, fundada por el referido é ilustre sabino S. Benito, simbolizaba los estudios trascendentales del entendimiento humano, y los inmensos y provechosos trabajos de la agricultura y de las artes. Continuó sus estudios monásticos en los colegios de Lerez, cerca de Pontevedra, y en Salamanca, en donde se encontraba el célebre y magnífico monasterio de S. Vicente, de la órden benedictina y del que en la actualidad no quedan ni aun los cimientos. El mismo nos refiere algunos sucesos muy raros y extravagantes que en su tiempo ocurrieron en aquella Universidad, los cuales ponen de manifiesto la postracion y apatía que se notaba en dicha escuela à últimos del siglo XVII; pues, entre otras cosas, nos dice que uno de los catedráticos llegó à explicar durante un curso tan solo dos cuestiones referentes à su respectiva asignatura: de lo que se infiere que, con tal método de enseñanza, los discípulos, aunque quisieran, no podrian hacer indudablemente grandes progresos en sus estudios. Tampoco debemos pasar en silencio, por lo que tiene de ridículo, lo que tambien nos refiere de otro catedrático de prima, de la misma Universidad que, à consecuencia del excesivo fuego con que defendió un argumento, se fatigó tanto que, habiendo quedado totalmente inmóvil, fué menester una silla de manos para conducirlo à su casa; de cuyo suceso fué testigo presencial, por encontrarse à la sazon de oyente, segun tenia de costumbre.

Después de haber ejercido los cargos de pasante y lector en su primitivo monasterio de Samos, provincia de Lugo, pasó tambien en 1709 à regentar el de lector en el de S. Vicente de Oviedo, en donde se graduó de Licenciado y Doctor en Sagrada Teología, segun se desprende de la instancia que, con tal objeto, elevó al

Claustro de aquella Universidad, y que todavía se conserva en el archivo de la misma. Poco tiempo después de haber recibido la borla doctoral, ganó por oposicion la cátedra de Teología tomista y Escritura y por su amor al estudio é incansable celo por la enseñanza, fué ascendiendo gradualmente á todas las clases superiores de esta sagrada facultad hasta llegar á ser catedrático de *prima*; pues habiendo acudido al Consejo de Castilla solicitando se le concediese la gracia de presentarse á hacer oposiciones á esta última cátedra, á pesar de hallarse jubilado en la de *Vísperas*, aquella ilustre y respetable Corporacion se dirigió en 26 de Setiembre de 1736 al Claustro de la expresada Universidad para que informase; el que habiéndolo hecho en 9 de Noviembre del mismo año favorablemente, como no podia ménos de suceder, la obtuvo al poco tiempo, prévios los correspondientes ejercicios de oposicion; y se calcula que la vino á desempeñar unos dos años escasos, porque en 13 de Mayo de 1739, previo el oportuno expediente quedó jubilado de la referida cátedra: de manera que, habiéndose ocupado en la enseñanza pública de Teología y Escritura en la Universidad de Oviedo desde 1709 hasta 1739, ó sean treinta años, y otros diez por lo ménos en la privada de Filosofía en los colegios de Samos y S. Vicente, resulta que nuestro insigne benedictino se retiró definitivamente del profesorado á los sesenta y tres años de edad; cuarenta que invirtió en la referida enseñanza, ciertamente los mejores de su vida, y veintitres que tenia cuando entró de pasante y lector en los colegios ya mencionados; llegando á obtener en el campo de la cátedra tan inmarcesibles laureles, que tuvo la satisfaccion de contar entre sus más aventajados discípulos al célebre y erudito Fr. Martin Sarmiento, monje tambien de la esclarecida orden benedictina.

No se contentó nuestro inolvidable y nunca bien ponderado Feijóo con retirarse, como era natural, á dormir tranquilo sobre los laureles que habia conquistado casi al terminar su difícil y honrosa carrera de catedrático; ántes por el contrario, conociendo que no se debía á sí propio, sinó que estaba destinado por la mano de la Providencia para labrar, en cuanto le fuera posible, el bien material, intelectual y moral de su siglo, se dedicó con el mayor cuidado á escribir para el público: y al efecto, desde 1725 á 1740, es decir, los últimos catorce años de profesor y primeros de su vida literaria, época en que la sociedad española presenciaba con avidez el gran movimiento que se operaba en todos los ramos del saber humano; época de transicion y una de las más importantes de nuestra historia, en que se combatian el mal gusto literario y los abusos y rutinas en lo civil político y religioso, en que nuestra querida patria empezó á salir del profundo letargo en que se hallaba, merced á las tareas inauguradas por las dos Reales Academias la *Española* y la de la *Historia*, y en que, por último, se

corrigieron ciertos abusos y se reformaron los estudios de la carrera sacerdotal, debido á la inteligencia y celo del sabio escritor y gran pontífice Benedicto XIV, elevado á la silla de S. Pedro en 1740; en esta época, repetimos, saliendo el R. P. Feijóo de la oscuridad de su cátedra, aparece en escena dando á luz una *Carta apologética* sobre la obra titulada *Medicina excéptica*, escrita en 1722 por el Dr. Martínez, uno de los médicos más eminentes de su tiempo, que combatió dentro de su facultad muchos errores y preocupaciones que por entonces eran generales y corrientes en España.

No fué este el único escrito que acerca de la medicina brotó de la pluma del ilustre Benedictino; trabajos bien ajenos, por cierto, á la índole de sus estudios teológicos: lo cual no debe extrañarnos, atendiendo á que, en dicha época, hubo algunos monjes que se ocuparon de una ciencia tan difícil y escabrosa como importante. Con la terminación de su carrera profesional coincidió la de su *Teatro crítico universal*, dando principio desde luego á la publicación de sus *Cartas eruditas*, en que invirtió otros veinte años, esto es, desde 1740 hasta 1760, y en las que, si bien no carecen de mérito, se deja ver, sin embargo, la languidez propia de la senectud.

Todas estas obras fueron objeto de rudas impugnaciones hechas por seglares y eclesiásticos; pues desde el año 1725, en que se dedicó á escribir para oponerse al torrente de las preocupaciones del vulgo, se vió duramente combatido por una multitud de contradictores que, en su mayor parte, escribieron por espíritu de partido, y por el gran interés que tenían en sostener las falsas ideas que por entonces predominaban; lucha tenaz y desastrosa, en que tuvo que defenderse con la firmeza de espíritu de que estaba dotado, para poner á cubierto su conciencia como religioso, y la fama de su nombre como escritor; lucha no ya exclusivamente teológica, como la que con harta frecuencia tenía lugar en las naciones extranjeras entre católicos y protestantes, sino crítica y literaria, la primera en su género que se suscitaba en España, y que preludiaba la que á fines del mismo siglo sostuvieron Jovellanos, Iriarte, Iglesias, Moratin y otros valientes adalides de la república de las letras, en la que mutuamente se maltrataron con diatribas, sátiras, romances, folletos y otros escritos de ese jaez, y en la que tuvo su origen el periodismo moderno, el cual ha degenerado, por desgracia, en un odioso palenque en donde, por punto general, no se controvierten cuestiones literarias, sino que más principalmente se combate con armas recogidas del festivo campo de la política.

(Se continuará)

TOMÁS PERIAGO.

LA ROSA Y LA SIEMPRE-VIVA.

EN EL ALBUM DE FLORA.

I.

Orilla de una fuente fresca y hermosa
Una flor hechicera se alza orgullosa;
No muy lejana,
Otra crece desnuda de pompa vana.

Es la arrogante, rosa bella y altiva;
Conócese á la otra por *siempre-viva*,
Que sin orgullo
Entreabre su amarillo, tierno capullo.

II.

Pasa con ruido ledo céfiro blando
Las hojas y las flores acariciando,
Y entre sus alas
Llévase de la rosa las frescas galas.

La siempre viva, triste al dulce beso
Del jugueton favonio dobla su peso;
Mas muy eu breve
Torna à erguir con modestia su tallo leve.

III.

Hermosura, grandeza, saber, dinero....
¡Ay! ¡todo es en el mundo perecedero!
¡No existe gloria
Que dure más de un día! ¡todo es escoria!

Flora, niña del alma, mi dulce amiga:
La virtud en tu pecho celosa abriga;
Porque ella sola
Es eterna; flor pura de alba corola.

HERMELINDA DE ORMAECHE.

MANANTIALES U ORIGENES DEL CALOR.

I.

1. La acción inmediata ó mediata de la Naturaleza sobre nuestros sentidos, únicos primitivos medios de nuestra comunicación con ella, dá origen á dos órdenes de ideas que forman toda la *materia* ó parte *objetiva* de nuestros conocimientos físicos: la de *propiedades* ó cualidades y la de *fenómenos* ó cambios de aquellas.

3. Mas no pudiendo contentarse la parte de nuestro ser, destello de su Creador, con esos conocimientos empíricos, que nos son indudablemente comunes con muchos animales, y poseyendo en sí como implantados en ella por el soplo divino, principios *formales* ó verdades *sujetivas*, que solo aguardan para manifestarse, el tener *materia* á que aplicarse y dar *forma*, reacciona sobre esa primera *materia* de nuestros conocimientos físicos, y moldeándola en esos principios eternos, crea ideas nuevas de cuyo armónico consorcio brota inmensa, fecunda é importante la *Ciencia de la Naturaleza*.

3. Así, observando que las propiedades y los fenómenos varían, y que en medio de esas variaciones queda algo inmutable, se despierta la idea de *sustancia* ó de algo á que las propiedades pertenecen y en que los fenómenos se verifican, y se formula el axioma de filosofía: «*Todo atributo, propiedad ó cualidad y todo fenómeno, cambio ó modificación se refieren á una sustancia.*» Sabido es que la sustancia á que se refieren las propiedades y fenómenos físicos se llama *materia*.

4. Así también, la correlación observada entre distintos fenómenos y propiedades, hasta el punto de que unos y otras resulten de otros más generales ó del concurso de varios más sencillos, origina la idea general de *causa* y el principio llamado de causalidad: «*Todo fenómeno tiene una causa,*» cuya verdad nos es tan evidente, que cuando estudiado algún fenómeno, no encontramos otro más general á que referirle ú otros más sencillos en que descomponerle y que serían sus causas inmediatas, creamos las entidades —*causas* ó *agentes* naturales,—ya abstractas, como las *fuerzas*, ya de supuesta existencia real como los *fluidos imponderables*.

5. Por último, la observación repetida de los fenómenos nos muestra relaciones constantes entre las diversas circunstancias de los del mismo género, ó entre ellos y sus causas, relaciones, á que llamamos *leyes* de los fenómenos, y á su conjunto, *orden* de

la Naturaleza: formulando el axioma—base de todos nuestros estudios científicos sobre la Naturaleza:—«*En iguales circunstancias los mismos fenómenos son producidos por las mismas causas y recíprocamente; las mismas causas producen los mismos fenómenos.*»

6. La inducción de las *leyes naturales* es el fin, único positivo y asequible que se debe proponer la Ciencia de la Naturaleza; mas, como hemos ya indicado, aspira á veces, quiméricamente, á conocer las causas últimas ó primarias.

II.

7. Entre las varias sensaciones que la Naturaleza nos produce hay dos opuestas y correlativas: *calor y frio*; sobre cuya causa supuesta muy racionalmente la misma que la de otros muchos fenómenos que se verifican en las propias circunstancias, se han hecho dos hipótesis.

8. La más antigua la supone ser un fluido material—*fluido calórico*—que se diferencia de los líquidos y gases en ser imponderable, incompresible é incoercible; cuyo aumento en los seres sensibles, que, como *todos*, siempre tienen algo de él, produce la sensación de calor y en los demás cuerpos los efectos correspondientes, y cuya disminución produce el *frio* y los efectos correlativos. Esta es la hipótesis material.

9. Según la otra hipótesis, moderna, aunque no tanto como se quiere hoy figurar, la causa de los fenómenos calóricos ó *térmicos* es: un movimiento especial de las moléculas ó últimas partículas de los cuerpos, y del *eter* fluido material también, pero imponderable, perfectamente elástico y tan sutil y universal que llena todos los espacios donde no hay materia ponderable, lo mismo los casi infinitamente grandes inter-estelares que los casi infinitamente pequeños intermoleculares, como el sonido es causado por el movimiento vibratorio de la materia, transmitido también necesariamente por materia, hasta el nervio acústico.

Esta es la hipótesis mecánica ó dinámica y el *calor*, el *frio*, y efectos concomitantes son, según ella, el aumento ó disminución de la velocidad del movimiento y tal vez iguales variaciones del espacio recorrido por cada molécula vibrante.

10. La palabra *calórico*, adjetivo referido en la hipótesis material al sustantivo fluido, no se debería usar hoy día en que dicha hipótesis está completamente abandonada, mas se usa sí, sustantivada, para designar la causa de los fenómenos térmicos, sea cualquiera su esencia y aun se hace sinónima de élla la de *calor* que solo es en realidad la sensación—efecto del calórico sobre los seres sensibles,—uno de los muchos efectos de dicha causa.

Usarémos pues como sinónimos *calor y calórico*, entendiendo ambas palabras en la acepción de «causas inmediatas de las sensa-

ciones de calor y frío» y de los efectos correlativos en los seres no sensibles.

11. Sea cualquiera la naturaleza ó esencia del calórico, es lo cierto: 1.º que es cantidad, y cantidad medible ó matemática, pues todos sus efectos lo son, (á no ser nuestras sensaciones, que rechazan por su naturaleza la idea de medida; por más que tengamos conciencia de su mayor ó menor intensidad, y, muy racionalmente, atribuimos la variable intensidad) de esos efectos á una correspondiente en su causa: 2.º que cada cuerpo tiene en cada momento una cantidad determinada de calórico que, aun cuando imposible de ser apreciada y medida directamente, se manifiesta por el *estado, volúmen y tension* ó fuerza elástica del cuerpo segun su naturaleza ó *capacidad calorífica*, constituyendo dicha manifestacion la *temperatura* del cuerpo; 3.º que la cantidad de calórico de un cuerpo puede variar y varía en general, con el tiempo, por dos causas generales: ó por que otro ú otros cuerpos, que tengan mayor ó menor cantidad de calórico que aquel, se lo comuniquen ó absorban, ó porque otros fenómenos produzcan directamente ese aumento ó disminucion.

(Se continuará)

J. ANDRÉS IRUESTE.

Nuestro querido amigo y compañero de redaccion D. Tomás Periago, con motivo de los dias de su hijo, encargò al jóven é inspirado poeta D. Jacobo Rubira le hiciese una composicion para felicitarlo, y felicitar á la vez á sus cariñosos tios, protectores del niño, los cuales al quedar este sin madre, lo llevaron á Lion, en cuyo Liceo se ha captado por su aplicacion y aprovechamiento, las simpatías de sus profesores, mereciendo en las clases el puesto de preferencia, y habiendo obtenido los primeros premios en los exámenes y recibido en los mismos dos coronas de laurel de mano de sus dignos catedráticos, como premio de su conducta moral y literaria.

Esto honra sobremanera no solo á España, sinó más especialmente á Lorca, nuestra querida patria, y deseamos que el laureado niño no desmaye en sus estudios, para que algun dia se haga acreedor al cariño de toda su familia y á la simpatía de sus conciudadanos, como justa recompensa de sus honrosas tareas.

Nosotros tenemos mucho gusto en dar la enhorabuena al Sr. Periago y á los padres adoptivos del niño por estos progresos que tanto han de lisongear su cariño paternal, aprovechando la circunstancia de insertar en nuestro periódico la sentida composicion del Sr. Rubira.

A MI PEQUEÑO Y QUERIDO HIJO
RAFAEL Y A SUS CABIÑOSOS TIOS
 EN SUS DIAS.

Si tú no recuerdas tus días mejores,
 Si tú no recuerdas tu gloria mejor
 Sobre unos pasados y santos amores,
 Yo voy à exhalarte, vestidos de flores,
 Cantares de amor.

Tú, niño inocente, tuvistes un día
 La madre que besos te dió con ardor;
 Tú fuistes entonces su dulce alegría,
 Porque ella anhelante de tí recibía
 Ventura y amor.

Quizá no te acuerdes; mas ¡ay! si el olvido
 Borró de tu infancia la dulce color,
 Tal vez, cuando el sueño te deje dormido,
 Tu madre querida murmure á tu oído
 Palabras de amor.

Tal vez, cuando el viento se agite deshecho,
 Cerniendo sus alas con débil rumor,
 Tu madre cual ántes te busque en el lecho,
 Llevando su boca la vida á tu pecho
 Con besos de amor.

Hoy, niño, es tu día; y el cielo se viste
 De hermosos colores, de luz y esplendor;
 Pero hoy más que nunca lo encuentras tú triste,
 Por que hace dos años que à un tiempo perdiste
 Tu madre y tu amor.

Y muerta una madre que dió la existencia,
 Que alienta nuestra alma con vivo calor,
 Al par que sentimos la amarga evidencia,
 Se pierde con ella la vida, la esencia,
 La paz, el amor.

De aquellos dos seres que heridos, de fijo,
 Al verte sin madre llorar con dolor,
 Sintiendo en sus almas cariño prolijo,
 Te dieron el nombre sagrado de hijo
 Con todo su amor.

.

Hoy, niño, recuerda tus días mejores;
 No exhales suspiros; no sientas dolor;
 Que padres amantes tus dos protectores
 Te dan un mañana, sembrado de flores,
 De gloria y amor.

Si madre amorosa perdiste este día,
 No el cielo se vista de oscuro color;
 Allí está tu madre, que un beso te envía;
 Y aquí nuevos padres, feliz alegría,
 Te dan con su amor.

JACOBO RUBIRA.

COQUETERIA.

No saldrá libre mi humilde persona de intencionadas y picantes frases por parte de mis bellas lectoras, cuando hayan dado fin á la lectura de este desaliñado artículo; pero sentaré por via de premio que está muy lejos de mí ánimo herir susceptibilidad alguna, para lo cual repetiré aquello de

A todas y á ninguna
 Mis advertencias tocan.

De varias definiciones que han dado de la muger hombres tan celebrados en la república literaria, y tan profundos conocedores del corazón humano, como Arlincourt, Le Sage, Balzac, etc., ninguna me ha parecido más propia para el asunto que me vá á ocupar que la que dà Desfreny; «la muger, dice, es pájaro que muda de pluma dos ó tres veces al día, voluble por índole, flaca por temperamento y fuerte por la lengua;» y aunque en su totalidad

parezcan duras las frases que emplea al hablar del bello sexo, no negaremos tampoco los visos de verdad que tienen.

Veíase la muger supeditada al hombre, sin voluntad firme para oponerse á sus mandatos, y decidió inventar la coquetería, arma peligrosísima, más fatal que todos los modernos descubrimientos de destrucción, y que sirve de corona al fecundo arsenal de cualidades femeninas.

Opinamos, pues, que la coquetería tendría su origen en el paraíso, cuya aventurada suposición queda afirmada, sabiendo lo frágil que estuvo nuestro primer padre, no pudiendo resistir la mirada tentadora que le dirigió Eva al alargarle la manzana.

Desde entonces acá sigue imperando con constancia y es la única cosa que permanece incólume, á pesar de las continuas vueltas y revueltas, que dá esta bola que llaman mundo.

Mucha razón tenía Ovidio (y cuidado que la época no es de ayer mañana), al decir que las gracias de algunas mugeres se asemejan á los bastidores de un teatro, cuya belleza es menester apreciarla á cierta distancia y con variados reflejos de luz.

La coquetería es una cualidad necesaria, indispensable á la muger en cualquier estado en que se halle: lo mismo nos seduce una inculta labradora con su sencillo traje, su egregia pechera, su cara y ojos expresivos, que la más encopetada dama, que cubre sus gracias naturales con profusión de adornos y afeites.

La moda, esa deidad veleidosa, que tan rendidos vasallos tiene, principalmente en el sexo débil, es el auxiliar, más gráficamente, el ministro de la guerra de la coquetería, á quien consultan las mugeres en todas sus necesidades; auxiliar poderoso para hacer resaltar la hermosura de las bellas, ó para cubrir deformidades naturales en las feas; pues todas poniendo en práctica el dicho de que *el traje es el fiador de la persona*, no se cuidan de dar su alma al diablo, ó á quien la quiera, por entregar su cuerpo á una modista.

Para ver á la coqueta en el pleno uso de su dominio, sería necesario sorprenderla haciendo su *toilette*, y decimos sería necesario, porque no es tan fácil como parece á primera vista, descubrirla en medio de tantos frascos, cajas, etc. parecida á un general en medio de sus huestes, la víspera de dar una batalla decisiva. Cuántos secretos se descubrirían, cómo decaería nuestro entusiasmo al contemplar esparcido aquí, algún que otro diente magníficamente engastado, destinado á ocupar el vacío alveolo de la señora; allí abundantes trenzas de cabello, dispuestas á ocultar su prematura calvicie, que no ha podido cubrir el renombrado aceite de bellotas; mas allá un abultado semicírculo, conocido con el nombre de *polison*, con objeto de amoldarlo á sus descarnadas caderas y hacer más esbelto el talle, y por todos lados abundantes cintas, esencias, afeites, jabones, opiatas repugnantes etc. etc.

Los Romanos inventaron una palabra, que fué discutida por sedudos legisladores, con objeto de expresar el inmenso conjunto que acabamos de enumerar: *mundus mulieris* le llamaron, equivalente al *toilette* francés, para designar tanta profusion de joyas y perfumes.

Inútil nos parece decir, que el adorno de su persona lo efectúan vis-á-vis del espejo, su consultor constante y compañero inseparable; y despues de tres ó cuatro horas empleadas en su belleza física, pasan á hacer un estudio de los efectos morales para lo cual ensayan unas cuantas sonrisas afectadas, adoptan gallardos movimientos y convencidas de su belleza se dirigen á la calle, ó se exhiben en el balcon, esgrimiendo sus arteras armas.

Dirijámonos á cualquier sitio donde se manifieste alguna concurrencia, y por todas partes veremos cruzar *pele-méle* beldades que van provocando con su hermosura y acaso ficticios encantos.

La sonrisa, artículo de necesidad imperiosa, no abandona un instante sus labios; pero buscar en algunas de estas coquetas algun átomo de sensibilidad, es lo mismo que obstinarse en descubrir la incógnita de la cuadratura del círculo ú otro problema insoluble, pues son refractarias á toda idea de cariño, y su altanería es proverbial cuando consiguen ver rendidos á sus pies media docena de adadores, los cuales conociendo que el corazon de estas niñas es como los instrumentos, que depende del que los sabe tocar, ván buscando la tecla á propósito.

Ciceron, que no se podía sustraer á la ingeniosa destreza de algunas damas romanas, inventó la expresion *argutia digitorum* para calificar las diversas figuras que muchas ejecutaban con sus dedos para seducir á los incautos.

Cuando tropeceis con algunas de esas sirenas que llevan con desenfado un rico vestido de seda, y que á sus falaces palabras añaden alguna que otra lagrimita, exclamad, *vade retro*.

Para averiguar si una muger es coqueta basta no mirarla. Hablo por experiencia.

En lugar de fijar su pensamiento en un solo hombre y guardarle constancia, van como la mariposa libando de flor en flor, sin encontrar nada que las satisfaga; y es que como el corazon para ellas es un órgano de escasa importancia, y no les alhaga más que la exterioridad, cuando se encuentran á solas con su conciencia, se ven sumidas en el hastío é impotente rabia.

Muchas de ellas tienen una verdadera pasion por variarse el nombre que recibieron en la pila; la que en un tiempo se llamó Bernarda ó Matea, hoy se la conoce por Enriqueta, Corina, Eloisa ú otro nombre que leen en las novelas. De una Mariana sabemos que no responde sino cuando se le nombra Adriana. Pero en cuestion tan trivial para el sexo feo, conviene repetir lo que dicen los franceses, que *le nom ne fait rien á la chose*.

Volúmenes enteros se llenarian, si fuésemos á narrar los lamentables sucesos que en todas épocas han producido los falaces atractivos que la coquetería encierra.

Llega un dia, demasiado pronto por desgracia, en que la coqueta comprende el precioso tiempo que ha perdido, y entonces es doble temida: ha penetrado en una nueva etapa horrible, en que diariamente vé marchitarse una ilusion, que sus gracias se van desvaneciendo y que no son suficientes para recuperarlas, ni la *tohalla de Venus*, ni el *agua de Barcelona*, ni el *jabon de lechuga*; deplora el no haber podido cazar entre sus redes algun infeliz y tiene forzosamente que cesar en el ojeo, sin que una sola pieza haya acudido al reclamo, cediendo su puesto á nuevas falanges de desdichadas

Unas, olvidadas por completo de la sociedad y resueltas á su pesar á vestir imágenes, pasan el resto de su vida en la iglesia, murmurando y pasando cuentas de su camándula; y otras haciendo dengues, y mostrando desden á todo lo que les rodea, critican y ridiculizan cualquiera buena accion, clavan su aguijon infernal en la honra de alguna pobre chica, ó hablan pestes del matrimonio, diciendo que han despreciado infinidad de proporciones, viniendo por último á formar la sociedad de estas mujeres en su vejez, algun picaro reuma, una caja de rapé ó unos cuantos perros y gatos.

F. CÁCERES PLÁ.

ECOS DEL ALMA.

MADRIGAL.

Sencilla y ruborosa
 En el templo de Dios encontré un dia
 A Delia, tan hermosa,
 Que celestial querube parecia:
 A una extraña impresion
 Sujeto en el instante me sentí;
 Mas... fué la devocion,
 Lo que en aquella vez solo perdí.

Hoy sin dicha ni calma,
 Y en incesante padecer sumido,
 Hasta la paz del alma
 Encuentro, por mi mal, que ya he perdido

M. ESCOBAR.

LA DESPEDIDA.

SONETO.

Penosa situación, triste momento,
 En que quiero cantar mi desventura,
 Cuando mi enfermo corazón augura
 De un porvenir horrible el sufrimiento.
 Angustias y dolores solo siento,
 En vez de inspiración y de dulzura:
 ¡No tiene ya ilusiones, ni hermosura,
 Ni gracia, ni placer mi pensamiento!
 Horror, hastío, miedo, pena, abrojos,
 Tan solo hay en mi mente dolorida
 De mi amor ideal tristes despojos.
 ¿Sabes por qué tanto dolor y enojos?
 Pues oyelo, entusiasmo de mi vida...
 ¡Por que pierdo mi eden, que son tus ojos!

JUAN GONZALEZ.

A R...

Azules son tus ojos, más azules
 Que el anchuroso mar:
 Por eso el iris el azul ostenta,
 Lleno de magestad.

Azules son tus ojos, y por eso
 Al fin del horizonte,
 Azulada parece la campiña
 En la apacible noche.

Azules son tus ojos, niña hermosa,
 Tan azules y bellos
 Que envidian el color de tus pupilas
 Los angeles del cielo.

J. MENCION.